

Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

LA LEY DEL AMOR EN LA IGLESIA

Seis Conferencias



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

John Knox Institute of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

© 2021 by John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, con fines de lucro, salvo en citas breves con fines de revisión, comentario o investigación, sin la autorización escrita del editor, John Knox Institute, PO Box 19398, Kalamazoo, MI 49019–19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de la versión Reina Valera 1960.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. A. T. Vergunst es ministro del Evangelio en la Reformed Congregation de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación de la Reformed Congregations of New Zealand.

www.rcnz.org



1. Introducción.	1
2. Tres principios para la armonía.	6
3. Los fuertes y los débiles en la fe.	10
4. Las instrucciones del Rey para los fuertes.	14
5. Las instrucciones del Rey para los débiles.	18
6. Conclusión y exhortación.	23



Queridos amigos, una cordial bienvenida a nuestro estudio introductorio sobre el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad. Se basará en Romanos 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. Me dirijo a aquellos que pertenecen al reino espiritual de Jesucristo. En otras palabras, aquellos que, por la gracia de Dios, son creyentes nacidos de nuevo. Fuisteis, por la gracia de Dios, librados del poder de las tinieblas, resucitasteis de la muerte en delitos y pecados, y fuisteis unidos a Jesucristo por medio de la fe. De esta manera, habéis llegado a ser parte del reino del Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, y nada de esto se basó en nuestras obras o méritos, pero como Pablo señaló en Efesios 2:10, «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas». Parte de estas buenas obras es vivir en comunión con toda la familia espiritual de Dios. A la mayoría de todos los santos no los conoceréis nunca en este mundo, pero viviremos íntimamente con otros creyentes en la familia de nuestra iglesia local. Con ellos, somos llamados a vivir en armonía, no agradándonos a nosotros mismos, sino sirviendo a los demás. Pablo afirmó la voluntad de Dios en los versículos finales de Romanos 15, la sección que vamos a considerar: «para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros» —¿cómo? — «como también Cristo nos recibió para gloria de Dios». Ahora, admito que esto es un alto encargo. Es demasiado grande para nuestros débiles corazones y débiles rodillas, especialmente cuando vivimos con gente cambiante, o todavía peor, cuando luchamos nosotros mismos con el bagaje del pecado que mora en nosotros. Cuán necesario es orar cada día lo que Jesús nos enseña en la oración del Señor: «Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra». El Catecismo de Heidelberg expone brillantemente estas peticiones con estas palabras: «Concédenos que te conozcamos, te santifiquemos y glorifiquemos. Reina de tal modo sobre nosotros por tu Palabra y Espíritu, que nos sometamos cada vez más y más a Ti; conserva y aumenta tu iglesia. Haz que nosotros y todos los hombres, renunciemos a nuestra propia voluntad, y con toda humildad obedezcamos la tuya que es la única buena, para que cada uno de nosotros cumpla su deber y vocación, tan fiel y gozosamente como lo hacen los ángeles en el cielo». Esto es lo que dice el Catecismo de Heidelberg.

Ahora, el tema de esta serie de conferencias es cómo alcanzar y cómo mantener esta vida armoniosa que glorifica a Dios en la familia de la iglesia. Nos vamos a centrar principalmente en las Escrituras de Romanos 14 y 15. Vivir en paz y en armonía en una familia de iglesia local y hacer la voluntad de Dios sin murmuraciones es un desafío real. ¿Y cuáles son los desafíos a los

que tenemos que hacer frente en esta tarea? Bien, hay cierto número de ellos.

Primero, hacemos frente a las tensiones y presiones normales de la vida en general. Nuestros cuerpos y nuestras mentes son humanos y pueden estar cansados. La enfermedad puede añadir cargas importantes, así como la pobreza económica o social. Ahora, añadan a esta mezcla todas las tensiones raciales que existen alrededor de nosotros. Estas realidades pueden causar fricciones y fracturas en nuestra armonía y paz.

El segundo desafío es que aun si somos, y podemos ser, por la gracia de Dios, partícipes de la gracia salvífica de Dios, todavía luchamos con los restos del pecado que mora en nosotros. El mejor de los santos de Dios todavía puede experimentar debilidad y enfermedades en su fe. Así, es bueno recordarnos que una iglesia bíblica sobre la tierra nunca es una muestra de gente perfecta. Por el contrario, consideremos nuestra iglesia como un hospital de pecadores que están sanando, quienes tienen que ayudarse unos a otros en este viaje de recuperación.

Ahora, un tercer desafío entre los santos de Dios es que tenemos una amplia variedad de caracteres. De la misma manera que en la familia natural, en la familia espiritual también la dinámica de diferentes personalidades puede crear fricción y desarmonía. Ahora, todo padre y madre sabe cómo los jóvenes e impulsivos o los niños tercos pueden perturbar rápidamente la paz e incluso hacer que aquellos de nosotros que somos maduros actuemos en pecado. Ahora, añadamos a esto las diferencias en nuestra constitución natural o temperamento. Hermanos y hermanas, la gracia santifica a los pecadores, pero no cambia nuestras personalidades. La simple verdad es que no todos los creyentes son fáciles de tratar. Unos santos son más reservados, mientras que otros aman la publicidad. Algunos son asertivos o ambiciosos en carácter, y muchos otros seguirían instrucciones más bien que dirigir. Así, esta diversidad, en el diseño y propósito de nuestro Creador, nosotros no la podemos deshacer. Hemos de complementarnos unos a otros, más que competir unos con otros. Y sin embargo, debido al pecado, estas diferencias pueden fácilmente llegar a ser una causa de desarmonía, especialmente cuando uno comienza a dominar o, todavía peor, abusar de su poder o autoridad.

Un cuarto factor de desafío es el recorrido espiritual que cada uno de nosotros ha hecho antes de ser salvo. Algunos que son salvos han llegado al reino con una historia de una vida profundamente perturbadora detrás de ellos. Son los que han experimentado algún trauma profundo. Otros llegan con pesadas cargas emocionales debido al abandono o el abuso. Luego, están aquellos que han crecido en sus familias como pequeños reyes o reinas, que pueden encontrar que servir, o ser los últimos o los menos importantes, sea algo muy difícil para ellos. Como resultado, encontramos tensiones que crecen en las relaciones entre creyentes. Bien, están aquellos en la comunión que han vivido un estilo de vida de pecado o de rebelión. Aunque todos han sido salvos por gracia, y todos se han vuelto de sus pecados, su perspectiva de la vida puede ser muy diferentes de la de aquellos que siempre han vivido una vida religiosa ordenada, estricta y devota. ¡Cuán fácil es para uno juzgar al otro, o despreciar al otro! Tal vez a otros santos, que pueden hacer distintas concesiones en asuntos que no están definidas en la Escritura, nosotros los juzgamos o los despreciamos.

Así pues, esto nos lleva al quinto desafío que puede facilitar la desunión. Este factor es la diferencia en la madurez espiritual, en entender la plenitud del evangelio. Eso es algo de lo que el apóstol está tratando aquí, en Romanos 14 y 15. Ahora, imaginen, por ejemplo, al carcelero de Filipos que se menciona en Hechos 16. Durante toda su vida, él vivió un estilo de vida duro en la oscuridad y bajo el dominio del paganismo. Entonces sabemos que Dios lo salvó soberanamente y comenzó su nueva vida en Cristo. Estoy seguro de que el hombre estaba lleno de celo, liberado de la carga del pecado y lleno con el gozo del Espíritu Santo. Y aunque experimentó rechazo y oposición de sus antiguos amigos, pudo haber sido como aquellos a los

que Pedro describió en 1 Pedro 1:7 y 8: «os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, *que es* la salvación de vuestras almas». Y él estuvo lleno de este gozo.

Y ahora imaginen que al lado de él vivía una estricta familia judía. Toda su vida la vivieron conforme a las leyes mosaicas y las tradiciones rabínicas. Evitaron cualquier contacto estrecho con sus vecinos paganos. Cada día del Sabbat iban a la sinagoga. Cada día, comían y se vestían exactamente como habían sido enseñados por sus maestros y antepasados judíos. Pero ahora, a través del evangelio predicado, también llegaron a ser creyentes en Jesucristo. Recientemente, se habían unido a la familia de la iglesia local de Filipos, de los cuales el carcelero también es miembro. Y aunque la confianza de estas personas judías ahora está en Jesucristo para salvación, ahora ellos luchan por dejar las prácticas a las que estaban acostumbrados pensando que agradaban a Dios con ellas. Sus conciencias están todavía ligadas por muchas prácticas religiosas de años anteriores. Para ellos, por ejemplo, omitir los cultos del día de Sabbat los hace sentir mal. O dejar el ritual anual de la Pascua los hace sentir como si hubieran hecho una negligencia pecaminosa. Para ellos, mezclarse con otros cristianos como el carcelero y su familia todavía los hace sentir raro, puesto que toda su vida habían sido enseñados a no tener trato con esta gente. Así que ven, la familia judía sentía que varias cosas que hacían sus hermanos y hermanas en Cristo eran transgresiones de la ley de Dios. Ahora, no es fácil ver cómo estas diferentes mentalidades de cristianos genuinos pueden llevar a la desarmonía en el cuerpo de la iglesia local.

Posiblemente otro ejemplo de esta tensión se sintió realmente entre Jesús y sus propios discípulos terrenales. Sin duda, los discípulos se sintieron incómodos cuando vieron acciones de su Maestro. Sabemos que Jesús a menudo actuó o habló de manera muy distinta con lo que ellos habían sido criados o con lo que ellos estaban acostumbrados. Jesús no era como los rabinos que les enseñaron todos esos años en la sinagoga y que caminaban o se paseaban por las calles del pueblo. Saben, su Maestro no era así. Su Maestro, Jesús, sanaba a los enfermos. Él fue a comer a la casa del fariseo en el día del Sabbat. Anduvo un largo camino en el día del Sabbat, mientras incluso arrancaba la espiga de grano, y la frotaba en sus manos, y la comía, y no lo desaprobaba, como hacían los rabinos. Él no insistió en que se tenían que lavar sus manos antes de la comida. Incluso tocó al inmundo e intocable leproso. Sus interacciones con la mujer samaritana, como se describe en Juan 4, literalmente los desconcertaron. Ningún rabino hablaría jamás con una mujer en público, y ciertamente menos con una samaritana de ese carácter. Ahora, está registrado en Lucas que él comía con publicanos y ramera. En una comida, permitió que una mujer que había roto todas las normas sociales lo tocara, pues ella se descubrió el pelo para lavar los pies de él; la mujer tenía incluso una mala reputación. Así, las acciones amables y decisivas de Jesús, como sabéis, enfurecieron a los hipócritas fariseos. Ellos lo despreciaron como alguien sin ningún valor, pero muy probablemente también causó una incomodidad real en sus propios discípulos. Hubo momentos que ellos sintieron que Jesús era demasiado radical, o que fue demasiado lejos en sus acciones. La reacción de Pedro, incluso después de Pentecostés, apoya la idea de que los discípulos de Jesús habían luchado con las libertades que se tomó Jesús. Cuando, en una visión, Dios instruyó a Pedro que hiciera algo muy, muy poco judío, como sabéis, fue demasiado para Pedro. Dios le dijo que se levantara y comiera, y la respuesta de Pedro es inmediata y fuerte: «De ninguna manera, Señor, porque ninguna cosa inmunda o impura he comido jamás». Hacer esto tenía que haber violado cada fibra de la conciencia de Pedro, aunque fuera un creyente en Jesús. Sin embargo, el Señor le instruyó que esto ya no era un asunto de conciencia.

Ahora, ¿podéis ver cómo estos diferentes puntos de vista pueden crear una tensión real en la familia de vuestra iglesia? ¿Podéis ver cuán difícil puede ser mantener un compañerismo abierto y amoroso, mientras no estamos de acuerdo en todos los asuntos de fe y de vida? Ahora, felizmente, no tenemos que resolver por nosotros mismos esta tensión y presión tan común en

nuestras familias de la iglesia. El Señor de su iglesia nos ha dado instrucciones muy claras y realmente muy detalladas para tratar estas cuestiones. Estas instrucciones se encuentran principalmente en Romanos 14, versículo 1 hasta el capítulo 15, versículo 7, así como en 1 Corintios 10, versículos 23 al 33. Y en esta serie sobre la libertad cristiana, exploraremos las enseñanzas principales de estas Escrituras. Así, en las próximas conferencias, nuestros propósitos son tres. Primero, considerar la voluntad del Señor sobre cómo su pueblo ha de vivir en esta unidad de la libertad cristiana. Y segundo, vamos a definir cuáles son los asuntos que en realidad están comprendidos en la libertad cristiana. Y tercero, considerar de manera práctica cómo hemos de sobrellevar y soportar unos a otros en el espíritu de mansedumbre y amor, mientras diferimos en asuntos de la libertad cristiana.

Bien, primero y antes que nada, ¿cuál es la voluntad de Dios respecto a cómo su pueblo debe vivir en unidad? Bien, no debería haber ninguna duda que vivir en unidad es la voluntad de Dios. Vivir en unidad requiere mucho amor, y este amor genuino nunca es algo que proviene de la educación, o de la cultura, o incluso de nuestras mejores intenciones. El amor genuino, tal como está definido por Pablo, en 1 Corintios 13, versículos 4 al 8, es la obra de Jesucristo. Sólo es cuando Cristo está viviendo verdaderamente en nosotros, por su Espíritu, que podemos ver este tipo de amor: amor que soporta, que es amable, que no tiene envidia; amor que no se jacta o que toca su propia trompeta, o actúa rudamente. Si no, por el contrario, un amor que busca primero el bienestar y la paz de los demás. O un amor que no se provoca o irrita por el comportamiento o por lo que escogen los demás. Un amor que no piensa mal de los demás, que no sospecha de ellos o que los juzga. Si no, por el contrario, en amor soportamos a los demás, pensamos lo mejor de ellos, esperamos lo mejor de ellos y perseveramos fielmente a amarnos unos a otros. Esta acción de amor en el cuerpo de Cristo es un enorme poder para promover la unidad. Satanás lo sabe. Satanás sabe que el amor en acción es un arma poderosa en las manos de Dios y por consiguiente le interesa sobremanera hacer todo lo que puede para perturbarla. Y una manera de actuar es que él llevará las cosas fuera de proporción. Podéis llamar a esto el método de la distorsión. La distorsión es cuando nos centramos en asuntos que son menores, o cuando hacemos de los asuntos menores en asuntos mayores. ¿Y a qué nos referimos con asuntos mayores? Los asuntos mayores son las claras revelaciones e instrucciones de la voluntad de Dios para nuestra fe y para nuestra vida. Doctrinas como la justificación por la fe, regeneración por el Espíritu Santo, inspiración de las Escrituras, la Divinidad del Hijo del hombre-Jesucristo, la divinidad del Espíritu Santo, los Diez Mandamientos. Todos estos son ejemplos de asuntos mayores. Amigos, como cristianos debemos estar unidos en estas piedras angulares y pilares de la verdad divina. Aunque la cultura y aunque el lenguaje puede diferir, todos los cristianos hallarán unidad al confesar los artículos de la fe cristiana. Esta es la unidad de los asuntos mayores, tal como son confesados en el Credo de los Apóstoles.

Así pues, ¿cuáles son los asuntos menores —algunos ejemplos de esto—? Bien, son los asuntos de vida y de fe que no está especificados en la voluntad revelada. Por ejemplo, ¿han de observar todos los cristianos la celebración tradicional del nacimiento de Cristo en diciembre? ¿Es esta celebración un debe o un «puede»? Otros ejemplos de asuntos menores en cuanto a vida son los estilos de vestimenta, el uso de joyas, beber bebidas alcohólicas o incluso algunas comidas. Un asunto menor relacionado con la fe puede ser también la cuestión en cuanto al bautismo de infantes o de adultos. No, lo que puede ser un asunto menor de desacuerdo en una cultura puede no serlo en absoluto en otro contexto. En otras palabras, las cosas menores pueden estar muy localizadas o incluso ser parte de su denominación. Así, esta parte de la vida y fe cristiana se refiere como la libertad cristiana. Bien, lo que ocurre es que alguien comienza a proclamar un aspecto no definido de vida como la voluntad expresa de Dios para la fe y la vida.

Por ejemplo, no hay nada malo si creyentes desean tener compañerismo juntos en una noche de la semana o en el sábado por la mañana para tener oración y estudio bíblico. Bien, ¿qué ocurre si los líderes o cierto número de miembros comienzan a hacer sentir culpables a otros que no asisten a estos encuentros semanales o en el sábado? ¿Qué ocurre si comienzan a enseñar que es la voluntad de Dios para cada uno unirse a estos tiempos de oración y estudio bíblico en todos los tiempos designados, a menos que estés terriblemente enfermo o fuera de la ciudad? ¿Qué ocurre si alguno juzga por no asistir? ¿Qué ocurre si aquellos que asisten comienzan a pensar y a hablar de los que no asisten como unos cristianos de segunda? Bien, ven que esto creará tensión, y puede incluso llevar a gran desarmonía. Ahora, ¿cómo evitarlo y cómo manejarlo? El Rey no nos dejó sin sus instrucciones detalladas, y ellas de nuevo prueban ser una fuente de vida para cada familia de la iglesia, si son honradas y seguidas.

Así pues, ahora estamos listos, después de esta introducción, en nuestra presentación, para mirar en las Escrituras de Romanos 14 y 15. Y que Dios nos bendiga a todos y nos haga ser de bendición, cuando nosotros compartamos con los demás en nuestras iglesias locales. Gracias.



De nuevo, bienvenidos a nuestro segundo estudio en el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad, que se encuentra en Romanos 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. Ahora, en vez de exponer estos capítulos versículo por versículo, les presentaré los principios que se dan en estos capítulos y los pondré todos juntos, seguido de varias aplicaciones.

El primer principio es que los creyentes no piensan lo mismo acerca de cuestiones que no son esenciales para la fe cristiana. La iglesia de Roma es un buen ejemplo de este hecho entre cristianos. Un grupo de miembros consideraba que todos los detalles ceremoniales de la ley mosaica estaban anulados por la muerte y la resurrección de Jesucristo. Sin embargo, otro grupo de creyentes en el Señor Jesús mantenía que cierto número de aspectos ceremoniales de la ley mosaica no estaban revocados. Esto está claro cuando leemos Romanos 14, versículo 3 y 5: «El que come no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido... Uno hace diferencia entre día y día, otro juzga *iguales* todos los días». Ahora, estas diferencias de opinión están fomentando la desarmonía entre los hermanos en la iglesia romana. Un grupo no sólo está observando a conciencia distintos aspectos de la ley mosaica, sino que también parecen juzgar a otros como cristianos de segunda. Ahora, tal vez ellos estaban incluso buscando imponer su punto de vista al otro segmento de la iglesia. Y el grupo que no compartía estas convicciones mosaicas tampoco estaba actuando bien. Ellos estaban claramente despreciando o menospreciando a los demás. Tal vez ellos les pondrían nombres, como «estrechos de mente». Ahora, Roma no era la única iglesia que experimentaba estas diferencias y tensiones por esta causa. La iglesia de Corinto también experimentó tensión acerca de si los cristianos podían comer comida que había sido de alguna manera relacionada con la idolatría del tiempo en que vivían. Sin duda, tu propia iglesia tendrá cuestiones de este tipo en las que hermanos o hermanas en el cuerpo tienen diferentes puntos de vista. Tal vez en cuanto a estilo de vestimenta, o el uso de joyas, o el nivel de implicación en nuestra cultura, o el uso de tecnología, por dar sólo unos pocos ejemplos. Y puede también haber diferencias en cómo vemos algunos aspectos de nuestro servicio de culto, y lo que incluimos o excluimos, cuando nos congregamos para nuestro culto congregacional. Estas variaciones que pertenecen a puntos menores de la fe y las prácticas se pueden esperar y han de ser tolerados. El desafío es cómo habitar en unidad, cómo sobrellevar y soportar unos a otros en el espíritu de mansedumbre y amor, cuando tratamos con asuntos que no son esenciales.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de «no esenciales»? Asuntos no esenciales son aquellos que no determinan o definen la relación de tu alma con Dios en Cristo. No tienen nada que ver con la salvación real: esto es lo no esencial. Dejemos claro que no esencial no significa

que no sean «sin importancia». Como vivimos es importante. Detalles de nuestras elecciones personales en el ámbito de la libertad cristiana pueden no afectar nuestra relación con Dios. No perderemos nuestra salvación, por ejemplo, si comemos o no comemos cerdo. Observar el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre no obstaculizará nuestra comunión con Dios. Estar sentado o de pie mientras cantamos u oramos o en la lectura bíblica no nos hará más o menos salvos. Todas estas conductas o decisiones pueden afectar nuestra relación con los hermanos y hermanas en nuestra iglesia local. Aunque estén dentro del rango de lo «no esencial» en relación con la salvación, realmente son esenciales en lo que tiene que ver con nuestra relación con otros creyentes.

Este es el segundo principio: El área de la libertad cristiana tiene el potencial de crear tensiones en las relaciones armoniosas entre creyentes. Está claro en Romanos 14, que este fue el caso en la congregación de Roma. Pablo señaló que algunos estaban despreciando, mientras otros estaban juzgando. En el versículo 3, él escribió: «El que come no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come». Ahora, en el versículo 15, él señaló: «Pero si tu hermano es contristado», y luego añadió una advertencia: "No hagas que se pierda". Estas palabras resaltan la naturaleza crítica de este asunto en la iglesia de Roma. En el versículo 16, el apóstol amonestó: "No sea, pues, vituperado vuestro bien". Las malas palabras entre hermanos difícilmente contribuyen a promover la paz y la felicidad. En el versículo 19, Pablo exhortó a todos: "Sigamos, lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación". Edificar significa fortalecerse unos a otros en la fe y en la manera de vivir. Bien, esto implica que lo que estaban haciendo no sólo era romper relaciones, sino que estaba teniendo un mal efecto en la vida de fe personal de los demás creyentes. Ahora, en el versículo 20, Pablo añadió otra dimensión al versículo 15, advirtiéndolo acerca de contristar. Dice, aparte de destruir y contristar a otros creyentes por usar indulgentemente nuestra libertad, el fuerte en la fe es advertido: él dice: «No destruyas la obra de Dios por causa de la comida». Y en el versículo 21, Pablo detalla más de los malos efectos. Dice que los hermanos tropiezan, se ofenden o son debilitados. Y en su amonestación final en el versículo 23, ahí añade el resultado más terrible, pues algunos de los débiles en la fe hacen cosas que van en contra de su conciencia, y estas acciones dañarán su comunión con Dios y robarán a los creyentes del precioso beneficio que Juan menciona en 1 Juan 3, versículo 21, donde dice: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios». Así pues, son asuntos serios.

El tema, hermanos, de la libertad cristiana en asuntos no esenciales es un sabio aspecto administrativo del reino del Señor. Jesús reúne a su iglesia elegida de todas las tribus, todas las lenguas y culturas. Habrá necesariamente una gran variedad en su pueblo. Si estás al lado de un hermano creyente criado en el Medio Oeste de los Estados Unidos y un hermano criado en los barrios bajos de India, encontrarás formidables diferencias entre los dos. El hermano occidental come con ganas su bistec con cuchillo, tenedor y servilleta, sentado a la mesa. Pero el hermano indio puede todavía tener dificultades para comer carne, aunque no tiene problema alguno para comer el arroz y su salsa con las manos mientras se sienta en el suelo. Son diferencias, pero no esenciales. Pero cuando observamos el servicio del culto de una congregación de cristianos en África y la comparamos con una congregación de Asia, de nuevo notarán grandes diferencias. Uno puede sentirse más bien incómodo con la música o el estilo del culto, mientras que los otros pueden sentir que Dios es digno de recibir tales alabanzas. Un ejemplo personal: yo siempre crecí pensando que una guitarra pertenecía a los instrumentos musicales del mundo. Me llevó algunos años acostumbrarme a la idea que una guitarra es igual como instrumento musical a un piano o un órgano y por consiguiente tiene el mismo derecho de ser usado en un servicio de culto oficial. Sin embargo, otros hermanos en el Señor mantienen el punto de vista muy sinceramente de que los instrumentos musicales no han de ser parte del servicio del culto, pues ellos dicen que sólo

debemos cantar con nuestros corazones y voces. Ahora, ¿no es un aspecto sabio de la administración de nuestro Señor de su muy variado reino mundial que no haya especificado cada detalle de los asuntos que no son esenciales?

Por supuesto, el Nuevo Testamento expone brillantemente la santa ley de Dios. Estos son los innegociables en la vida y práctica del reino. La fe en la obra cumplida de Cristo y el arrepentimiento son el llamamiento de Dios a cada pecador, sin importar de dónde sea. La santidad en vida y palabra, o comportamiento cristiano, está a la base y en la cima de todo cristiano. Amar a Dios y a cada prójimo como a nosotros mismos, incluyendo a nuestro enemigo, es una obligación transcultural para cada ser humano y cada cristiano, por supuesto. Pero en asuntos de carácter no esencial, el Señor permite libertad. Hay una gran cantidad de sabiduría en la regulación administrativa en su Palabra.

Sin embargo, nuestro adversario, Satanás, sabe cómo usar la libertad cristiana para crear divisiones y hostilidad no cristianas. Lamentablemente, la historia del reino de Jesús en la tierra tiene muchos capítulos tristes y vergonzosos, en los que hermanos en el Señor se dividen y se distancian unos de otros. Un número de ellos están relacionados con puntos que no se refieren a ninguna doctrina o principio definido bíblicamente. Hermanos en el Señor están separados, aunque ellos mantienen firmemente las doctrinas de Dios, de Jesucristo, de la salvación por la gracia sola, etc. Ahora, cuán triste es esto, que hijos de Dios se han dedicado a murmurar, juzgar, condenar, pelear y crear divisiones innecesarias. ¿Y por qué? ¿Por qué? Sólo por su insistencia en asuntos que incluso el Autor de la Salvación no especificaba en sus Sagradas Escrituras. Y todo esto es un triste testimonio al mundo, es vergonzoso para el Rey y dañino para el reino.

Abram reconoció lo impropio que era esto, en Génesis 13. Los pastores de Abram y Lot estaban disputando acerca de derechos de pastoreo. Moisés notó que el cananeo y el ferezeo habitaban en el país, por lo que ellos estaban presenciando todo esto. Ahora, ellos presenciaban esta impía pelea en una familia santa. Y por tanto, Abram habló a Lot: «No haya altercado ahora entre tú y yo, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos». Ahora, los temas que traen división en las iglesias normalmente no son el pastoreo de ganado. Tras pasar cuidadosamente revista a los temas que pueden hacer explotar nuestras relaciones, ¿no debemos concluir a menudo que fue tan pequeño e insignificante como un hilo suelto de una ropa? Todo lo que sabemos es que una vez que comenzamos a jalar estos hilos sueltos, podemos acabar deshilachando una sección o trozo del vestido. Así, insistir en hilos sueltos, mientras se ignora lo malo del corazón, no sirve a nadie que no sea a Satanás y su reino. Siempre es fácil pasar horas discutiendo si agujerarse la oreja es algo de cristianos o no, mientras que no estamos ni fríos ni calientes acerca de todo lo que agujerea al Rey con incredulidad o burla. De nuevo, algunas veces los cristianos se dividen en cómo vestirse, mientras que olvidan que multitudes a nuestro alrededor no están preparados para estar ante la silla del juicio del Señor Jesucristo. ¿Cuántos no se han revestido del Señor Jesucristo, mientras hacían provisión para la carne para cumplir sus deseos? Ellos no están preparados e ignoramos esto mientras nos peleamos unos con otros.

Entre los romanos, discutían acerca de qué comidas eran puras o impuras, o qué festividades del Antiguo Testamento se tenían que observar, aunque el ministerio del evangelio no daba detalle alguno acerca de ello. Sin embargo, mientras tanto, miles alrededor de ellos perecían porque no conocían acerca del Pan de Vida. Así, hermanos, propongámonos tener las cosas en perspectiva. ¿Qué piensan de aquellos que están muriendo de cáncer, y sin embargo se preocupan por sus uñas, o su pelo, o su ropa? ¿No los animaríais a centrarse en lo esencial, cómo estar en paz con Dios y cómo estar en paz con su familia y amigos? ¿No los amonestaríais a volverse a Jesucristo y apartarse de sus pecados y a trabajar por aquello que permanece para la eternidad? Así, para concluir este principio, estad alerta de la estrategia de Satanás de convertir los puntos menores relacionados con la fe y la práctica en puntos explosivos que destruirán la obra de Dios.

Cuando una compañía de soldados está dividida por disputas internas, el enemigo se ríe. Él sabe muy bien lo que Jesús dice, en Mateo 12, versículo 25: «Todo reino dividido contra sí mismo es assolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá».

Ahora, esto me lleva a un tercer principio: para evitar la desarmonía y división, hay que centrarse en las verdades principales del evangelio. Combatir el mal a veces se cumple mejor centrándose en el bien. En otras palabras, evitar la desunión y desarmonía acerca de diferencias se puede cumplir mejor centrándose en lo que nos une. Después de todo, ¿no es a menudo cierto, tras haber resuelto una discusión con alguien, que te das cuenta de que nuestra diferencia fue una falta de comunicación o un malentendido acerca de un asunto insignificante? Esto son también las instrucciones de Romanos 14, versículos 17 al 19, donde Pablo escribe: «porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, *agrada* a Dios, y es aprobado por los hombres. Así que, sigamos lo que *contribuye* a la paz y a la mutua edificación». Así, como creyentes, necesitamos centrarnos en los asuntos principales que promueven la paz, en vez de los asuntos menores de la fe y la vida. Necesitamos estar juntos en unidad en cuanto a aquellos asuntos que son la ley y el evangelio de Dios. Y seamos claros que Pablo no hizo una lista de las doctrinas principales en este capítulo. Estas verdades principales de la Escritura se pueden encontrar definidas en Romanos 1 al 11. Ahora, como cristianos no podemos diferir en estas enseñanzas, como que Dios es el Creador, manifestando su gloria y su poder en la creación del mundo. No podemos diferir en la definición de la depravación total del hombre y nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos por nuestras decisiones o por nuestras obras. Los cristianos en todo el mundo están unidos en su fe en el único nombre dado bajo el cielo por el cual debemos ser salvos y podamos ser salvos. La justificación por la fe en Jesucristo solo es una verdad innegociable de la fe cristiana, así como lo es la doctrina de la Trinidad, la necesidad de la regeneración y la santificación de nuestra naturaleza humana a través del ministerio del Espíritu Santo.

La Escritura, en Romanos 14, versículos 17 al 19, nos recuerda que el reino de Dios no consiste en las trivialidades de usar o abstenerse de comida y bebida. No hay reglas dadas en un sentido o en otro en el evangelio. Y por tanto, como cristianos, debemos permitir libertad en aquellos asuntos que no están definidos. Ahora, esta enseñanza está totalmente en línea con la instrucción de Jesús mismo, en Mateo 23:23. Él reprendió a los fariseos por colar el mosquito y tragarse el camello. Escuchen esto: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello». Así, con estas palabras, Jesús los señaló por diezmar minúsculas cantidades de hierbas a la vez que no se centraban en la práctica principal de la ley del amor, comportamientos que promueven la paz y el gozo. Así, al centrar nuestra energía y argumentos en estas cosas menores, causamos daño: dañamos las glorias del cristianismo. Un expositor dijo que degradamos el cristianismo por estas contenciones en asuntos triviales. Amigos, el gran privilegio del evangelio no es simplemente la libertad de varias restricciones del Antiguo Testamento. El gran privilegio del evangelio son las enseñanzas acerca de la justificación por la fe en la justicia de Jesús, acerca de la paz con Dios, acerca del gozo en Dios, a través del poder del Espíritu Santo.

Así, esforcémonos por estar unidos en las verdades de la ley y el evangelio revelados por Dios. Y estar unidos en esto no significa que pensemos lo mismo en cada asunto que no sea blanco o negro en la Escritura. Pero, por decirlo de manera distinta, la unión en las filas no significa uniformidad de los santos. Dios permite diferencias al igual que las vemos entre los árboles del bosque. Todos los árboles están unidos en lo esencial, pero están lejos de ser uniformes en color, en forma, en tamaño o incluso en el fruto que producen. Así, que el Señor nos capacite para abrazar estos tres primeros principios y de esta manera glorificar su nombre. Gracias.



Bienvenidos, queridos amigos, a este tercer estudio sobre el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad. Estamos viendo este material en Romanos 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. En nuestro estudio anterior, habíamos revisado tres principios que hemos extraído del pasaje de Romanos. Sólo por repasar, hemos aprendido hasta ahora que los creyentes no piensan lo mismo acerca de asuntos que no son esenciales. Y segundo, que el área de la libertad cristiana tiene realmente el potencial de crear tensiones en las relaciones armoniosas entre creyentes genuinos. Y tercero, que, para evitar esta desarmonía y esta división, necesitamos seguir centrándonos en las verdades principales del evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Ahora, en este estudio repasaremos otros dos principios que están basados en estas instrucciones que Dios nos dio en Romanos 14.

Así, el cuarto principio: no todos los creyentes en una familia de iglesia tienen la misma madurez en la fe. El apóstol abre este capítulo refiriéndose a una categoría específica de creyentes. Escuchen lo que escribió, en el versículo 1: «Recibid al débil en la fe». Él contrastó esto con los fuertes en la fe, entre los que se incluye él mismo, como verán en el capítulo 15, versículo 1, donde Pablo escribió: «Así que, los *que somos* fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles». Ahora, es muy importante para nosotros definir al débil y al fuerte en la fe, para entender este capítulo. ¿Quiénes son los débiles en la fe en nuestra familia de la iglesia? ¿Son ellos los estrechos de mente? ¿Son ellos los legalistas? ¿Son ellos incluso los supersticiosos? Ellos no son ninguno de estos. Todas estas etiquetas se usan equivocadamente para describir a aquellos creyentes que mantienen diferentes puntos de vista en el área de la libertad cristiana. De hecho, estos débiles en la fe pueden ser muy tiernos de corazón. Muchos de ellos están buscando sinceramente servir a Dios y agradarlo. Ahora, por supuesto es posible que cierto número de ellos hagan juicios, o sean dominantes, o incluso legalistas, pero no siempre es así con los débiles en la fe. Muchos de aquellos que sienten que estaban mal comer algunas comidas u omitir algunos días festivos, lo hacían porque se sentían violados en su conciencia. Es, por tanto, importante para nosotros definir claramente al débil en la fe.

Así, primero que todo, asegurémonos de que leemos bien cómo Pablo los describe. Notemos, Pablo no escribe que eran débiles «en fe» sino que eran débiles «en la fe». Una persona que es débil en fe es aquella que lucha por creer o confiar en el evangelio de Jesús. Pueden luchar por creer en las promesas de perdón por todas sus faltas. En otras palabras, el débil «en fe» lucha por la seguridad de la fe. En este capítulo, Pablo no está escribiendo de ellos. Él los tenía en mente cuando escribía los capítulos 5 al 11 en este libro, y en esos capítulos trató los asuntos de la seguridad de la fe desde distintos ángulos. Pero en los capítulos 14 y 15, él está dirigiéndose a los

débiles «en la fe». Así, ¿quiénes son los débiles en la fe? Bien, son las personas que todavía no tienen claras las enseñanzas acerca del evangelio de salvación. Seamos claros: los débiles en la fe eran cristianos reales. Habían nacido de nuevo, se habían arrepentido mirando a Cristo para salvación, sin poner ninguna confianza en sí mismos o en cosa alguna que ellos hicieran. Sin embargo, ellos sólo tienen un débil entendimiento de la plenitud de la libertad del evangelio. Están comprendiendo imperfectamente las doctrinas cristianas de salvación solo en Cristo. En Roma, probablemente eran antiguos judíos, criados en las tradiciones de los fariseos y todavía no habían entendido plenamente que las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento habían sido anuladas por la muerte de Jesucristo. Así, estos hermanos, temerosos de Dios, todavía se sentían obligados en conciencia a mantener las antiguas formas. Ellos todavía vivían mucho bajo los principios del «no toques», «no pruebes», «no uses» de las leyes y tradiciones judías. Y posiblemente, algunos de ellos eran legalistas, inclinándose hacia una religión basada en las obras, pero debemos de resistir la tentación de poner a todos ellos en esta misma categoría.

Hoy, todavía nos encontramos con tales creyentes en nuestra congregación, que han crecido, tal vez, en un contexto cristiano, aunque no regenerados. Por ello, sus conciencias están moldeadas por cómo han sido criados, y habiendo sido llevados bajo la obra de convicción del Espíritu Santo —todos nosotros, por supuesto, sentimos un impulso para limpiar nuestras vidas; y cuando los tales finalmente han llegado a confiar en Jesucristo, todavía tienen una conciencia muy sensible acerca de algunos asuntos del estilo de vida con los que fueron criados. De hecho, algunas veces llegan a ser más celosos en estos aspectos, pensando que esto es lo que corresponde a ser salvos. Déjenme explicar esto con un ejemplo. Imaginen a un creyente judío que, a la mitad de su vida, se convierte en cristiano. Así, durante toda su vida ha estado inmerso en un contexto religioso muy estricto. Sus amados padres, y abuelos, y familia, y vecinos, líderes y maestros han insistido en la separación total del mundo, la pureza, y en distintos códigos estrictos de comportamiento. Básicamente, se les inculca que aquellos que viven así son super espirituales. Y por ejemplo, pueden que nunca usen un auto. Pensemos en eso. Esta educación ha llegado a ser muy habitual y ha moldeado su conciencia. Y ahora, se ha convertido en cristiano. Ha experimentado el gozo de la salvación a través de los méritos de Jesús en su vida y en su muerte. Él adora a Dios. Se regocija en Cristo y en su obra y no pone su confianza en la carne. Sin embargo, todavía tiene un gran problema de conciencia en subirse a un auto. Simplemente se siente mal. Su conciencia se siente contaminada cuando se sube a un auto. Ahora, podemos sentirnos tentados a ridiculizar esto, o a oponernos vigorosamente. Podemos estar impacientes con su corazón cargado por el hecho que nosotros usamos los autos. ¿Pero cuál es ahora la voluntad del Señor acerca de cómo debemos proceder con él? Ahora, esta respuesta se encuentra en Romanos 14, versículo 15, como veremos.

Ahora, el otro grupo que Pablo identifica son los fuertes en la fe. Estos son los creyentes cristianos que tienen un entendimiento mucho mejor de la plena amplitud de sus privilegios cristianos. Los fuertes han hecho los mayores progresos en entender la revelación de la salvación en el Nuevo Testamento. Se dan cuenta que, a través de la muerte expiatoria de Cristo, fueron librados del yugo de la ley, al que Pedro hacía referencia, por ejemplo, en Hechos 15:10, cuando dice: «Ahora, pues» —hermanos— «¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?». Y por la obra iluminadora del Espíritu Santo, los fuertes en la fe entendieron su libertad en Cristo. Entendieron que los pequeños detalles de comida o bebida y otras restricciones impuestas por las leyes mosaicas, así como distintas tradiciones de los judíos, ahora están obsoletos. Ser conscientes de estas diferencias y el grado de comprensión del evangelio en una familia de la iglesia es crucial. Cada líder de iglesia, como Pablo, debería estudiar cuidadosamente estos capítulos y enseñar los principios en sus congregaciones. Entonces, ellos han de enseñar por el ejemplo, como hizo el

apóstol. Pablo practicó lo que predicó en este capítulo. Aunque era fuerte en la fe, escuchen cómo él manejaba sus propias convicciones, tal como está registrado en 1 de Corintios 9, versículos 19 al 23: «Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que *están* sujetos a la ley, como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los *que están* sin ley, como si yo *estuviera* sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo)» —¿y por qué— «para ganar a los que *están* sin ley. Me he hecho a los débiles como débil, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que por todos los medios salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio». Entonces, por ahora, aceptemos este hecho como cierto: no todos los creyentes en la familia espiritual del Padre tienen la misma madurez espiritual.

Como hemos de manejar esto, es el quinto principio. Pues el quinto principio es que los fuertes deben sobrellevar las flaquezas de los débiles en la fe. Al explorar este quinto principio, estamos realmente entrando en el corazón de las instrucciones de Dios acerca de cómo manejar el asunto que pertenece a la libertad cristiana. En este quinto principio, seguiré primeramente las instrucciones de Pablo a los fuertes en la fe.

La primera acción se da en el versículo 1: «Recibid al débil en la fe». Un hermoso ejemplo de esta palabra «recibid» se encuentra en Hechos 28, versículo 2. El pueblo de Malta recibió a los supervivientes del naufragio con gran humanidad, y los arroparon con el ministerio de amor. Esto es la palabra «recibid». De la misma manera, hemos de recibir al débil en nuestros afectos con bondad y comprensión de sus necesidades. Y aunque estemos tentados de evitarlos o aislarlos, los fuertes han de hacer exactamente lo contrario. El ejemplo más hermoso de «recibir» es lo que Dios mismo hace. En el versículo 3, Pablo escribió: «porque Dios le ha recibido». Amigos, si Dios recibió al débil en la fe con sus escrúpulos, ¿por qué no deberíamos nosotros? En el capítulo 15, versículo 7, Pablo dirige nuestros pensamientos al ejemplo de Jesucristo mismo: «Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios».

Ahora, en segundo lugar, Pablo añadió: «Recíbidle... *pero* no para contender sobre opiniones». Los fuertes habían de ser cuidadosos de no perturbar los puntos de vista y las prácticas en conciencia de los débiles en la fe. Ahora, a los fuertes se les prohíbe no agravar un asunto que era sensible para el débil. En otras palabras, no empujarlos, no forzarlos, con debates ardientes o fuertes objeciones. Tampoco con desdenes y rechazos bruscos. No, hemos de recibirlos tiernamente, reconociendo sus prácticas o convicciones diferentes. Hay que permitirles que sean ellos mismos sin presiones indebidas para apartarlos de sus convicciones. Aquí, los fuertes en la fe han de ser pastores de las ovejas más jóvenes. Estas han de ser guiadas en vez de ser forzadas por nuestro fuerte razonamiento. Así, esta instrucción inicial del Señor no significa que nunca hemos de hacer ningún intento para alumbrar al débil en la fe, de manera que ellos lleguen a ser fuertes en la fe. Pero los detalles de este muy importante asunto, los discutiremos más en profundidad en las siguientes sesiones.

Entonces, en tercer lugar, el apóstol exhorta en el versículo 3: «El que come no menosprecie al que no come». ¡Cuán fácil es hacer esto con aquellos que tienen escrúpulos que los fuertes encuentran innecesarios! Encogemos rápidamente los hombros mientras los miramos con desprecio y los menospreciamos por sus puntos de vista. Ahora, despreciar es considerar a alguien con desdén, como siendo innecesariamente escrupuloso con algo. Esta respuesta despectiva puede ser verbal, pero muy a menudo incluso no verbal. Amigos, nuestro lenguaje no verbal que los débiles sienten puede ser: «¡Ah! Tus puntos de vista son ridículos. Los toleramos, pero nos estás frenando. Tu posición obstaculiza esta iglesia. Ojalá pudieras madurar». Ahora, esta es una forma de despreciar a los débiles, más bien que recibirlos en amor.

Bien, en cuarto lugar, y esto se aplica a ambos grupos, los fuertes y los débiles en la fe, ellos

han de mostrar respeto a las convicciones de los otros hermanos y hermanas. No somos llamados ni siquiera a hacer un juicio sobre cosas en las que Dios no ha comunicado su voluntad, sino que nos ha dejado con libertad. Dios es el juez. Y para él, cada creyente es responsable. Y Pablo nos recuerda acerca de esto en el versículo 4. Él dice: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae». Ahora, la pregunta implícita en este versículo es: «¿Quién te dio el derecho de sentarte en juicio a otros?» Así, Pablo establece la voluntad de Dios, en los versículos 5 y 6, de mostrar respeto por las convicciones de cada uno. Él dice: «Uno hace diferencia entre día y día, otro juzga *iguales* todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, *lo* hace para el Señor; y el que no hace caso del día, no *lo* hace para el Señor. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios». Ahora, de nuevo, esta exhortación se aplica tanto al fuerte como al débil en la fe. Ambos pueden estar en desacuerdo en asuntos del ámbito de la libertad cristiana, pero ambos están buscando honrar a su Señor. Ambos están ansiosos de hacer lo que agrada a su Señor y su Redentor. Ambos dan gracias por lo que comen, o por lo que ellos ponen aparte para un propósito sagrado. Ninguno de ellos está actuando en su propio interés, como lo reflejan los versículos 7 y 8, pues dicen: «Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos». En otras palabras, tanto el fuerte como el débil están unidos en este punto. Ambos desean vivir y actuar para la honra de Dios, haciendo su voluntad.

Y por consiguiente, el curso de acción es que cada creyente examine la Escritura y a sí mismo y actúe de manera correspondiente. La voluntad de Dios es clara: «Cada uno esté plenamente persuadido en su mente» (versículo 5). Estas palabras, «esté plenamente persuadido», denotan la más alta convicción. En otras palabras, no es sólo un asunto de opinión, o prejuicio, o sentimiento. No, más bien ha de ser un asunto en el que la mente se decida por las conclusiones personales del estudio de la Palabra de Dios. Ahora, sólo para asegurarnos de que no malinterpretemos esto, esta instrucción no pertenece al ámbito de la moralidad que está definida en la Palabra de Dios. No, se aplica al contexto aquí a las cosas ceremoniales, a las libertades personales, a las costumbres familiares, a los asuntos sociales o a los aspectos culturales que no están definidos en la Santa Biblia, como voluntad de Dios para la vida y la fe. Y si, como creyentes, están convencidos de que está mal comer ciertas comidas, entonces por todos los medios abstente. Si eres de la opinión contraria, entonces disfrútala, mientras das gracias. O si te sientes convencido a ayunar cada Día del Señor, entonces por todos los medios, hazlo para el Señor. Y si, como iglesia, están convencidos que para vuestra edificación y provecho personal es útil poner aparte un día para conmemorar el nacimiento, o la muerte, o la resurrección, o la ascensión de nuestro Señor Jesucristo, entonces, por todos los medios, haced esto para el Señor. Pero si alguno dedica este tiempo a las labores comunes de cada día, estando convencido de que no hay mandato bíblico para apartar este día, nadie puede con falta de caridad juzgarlo por ello. Muchos cristianos marcan, por ejemplo, el 31 de octubre como el Día de la Reforma. En ninguna parte de la Biblia se ordena esto, pero tampoco la Escritura nos prohíbe conmemorar los actos de Dios en un día anual especial reservado para ello. Así nadie ha de ser censurado o ha de recibir oposición por hacer esto, pero tampoco nadie tiene permiso para presionar a otros a observar esto como un asunto de conciencia, o tal vez censurar a otros por no celebrar el inicio de la Reforma.

Así, déjenme concluir esta sesión con un hermoso consejo dado por uno de los pastores del siglo VII, quien dijo esto: «En cosas necesarias, unidad; en cosas indiferentes, libertad; pero en todas las cosas, amor». Gracias.



Bienvenidos a nuestra cuarta sesión sobre el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad, tal como se encuentra en Romanos 14:1 al 15:7. En nuestros estudios previos, hemos repasado cuatro principios y estamos trabajando en el quinto que se deriva de este pasaje de Romanos. Ahora, hemos aprendido hasta ahora que los creyentes no siempre piensan lo mismo en asuntos no definidos como esenciales. Número dos, esta área de libertad cristiana tiene el potencial de realmente causar tensión y desarmonía entre creyentes. Y tercero, para evitar esta desarmonía y división, hemos de centrarnos en las verdades principales del evangelio. Y esto es duro, pues el cuarto principio es que, en la familia de la iglesia, no todos tenemos la misma madurez espiritual en la fe. Y esto nos lleva a nuestro quinto principio, que los fuertes en la fe deberían sobrellevar las flaquezas de los débiles en la fe.

Así, este quinto principio es el punto principal de las instrucciones de Dios en cómo preservar la armonía entre un grupo local de cristianos. En otras palabras, la principal responsabilidad en la familia de Dios reside en los hombros de los fuertes en la fe. Es así como sucede en nuestra vida normal con los adultos. Ahora, esto es claro, cómo Pablo concluye sus instrucciones, en Romanos 15, versículo 1, y déjenme leer esto de nuevo: «Así que nosotros, los *que somos fuertes*» —en la fe— «debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos». La palabra griega para «sobrellevar» tiene el sentido de «tomar y llevar». La palabra describe a aquellos que asisten a los viajeros llevando su equipaje. En Gálatas 6, encontramos la misma palabra: «Sobrelleved los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo». Así, si combinan estas dos Escrituras, nos ayudará a entender cuál es la instrucción de Dios aquí. Hemos de ayudar a aquellos que están luchando en su peregrinaje de fe. Ya sea que lo hagamos compartiendo lo pesado de sus cargas, es decir, Gálatas 6, versículo 1, o que lo hagamos sobrellevando sus flaquezas en la fe, como aquí en Romanos 15, versículo 1.

Así, es en estas instrucciones que oímos latir paternalmente el corazón de Pablo. Él mismo es pastoral, es tierno y amable al tratar con el que es débil en la fe. Ahora, él comenzó este capítulo en su carta desanimando al fuerte a entrar en discusiones dudosas, en el capítulo 14, versículo 1. ¿Y por qué? Amigos, lo haría más duro para estos peregrinos si entramos en estas discusiones forzadas. Pablo también previno en contra de despreciarlos. En vez de ello, nosotros, los fuertes, hemos de sobrellevarlos a ellos y sus flaquezas. Hemos de hacerles más fácil más bien que más difícil, el caminar su peregrinación espiritual.

Así, ¿cómo podemos hacerlo más fácil y cómo esto promoverá la armonía y así la fortaleza

del reino de Dios? Ahora, lo hacemos bien sea ayudándolos a llevar la carga o lo hacemos ayudándolos a deshacerse de la carga. Pero no los ayudamos cuando los hacemos tropezar en los caminos, pues estos tropiezos no sólo complican su peregrinación, sino que también los dañarán espiritualmente. ¿Entonces, qué? ¿Cuál es el proceder práctico aquí?

La instrucción de Pablo en Romanos 15, versículo 2, es clara. Él dice: «Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo *que es* bueno para edificación». Hemos de edificar: esto significa fortalecer a alguien en la fe. Entonces, ¿cómo fortalecemos a los débiles en la fe? Hacemos esto cuando los hacemos ver cada vez más la libertad, la plenitud o lo completo de estar en Cristo. En otras palabras, el fin último sería que los débiles llegasen a ser fuertes en la fe. Así, ¿qué significa esto en la práctica? ¿Cómo los fuertes llevan a cabo esto? Bien, para responder a esto, volvamos primero a nuestro estudio de Romanos 14 para oír las instrucciones de Dios a los fuertes en la fe.

Continuando desde la conferencia anterior, la quinta instrucción se halla en Romanos 14, versículo 13: «Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano». Aquí, el apóstol toca el corazón del comportamiento cristiano. Es el llamamiento para amarse unos a otros, no sólo como nos amamos a nosotros mismos, no, sino hasta el punto de que Jesús amó a los suyos, incluso a sus enemigos. Amigos, nuestro Maestro cuando se despedía nos dejó este mandamiento, en Juan 13:34-35: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros». Y: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros».

La armonía entre creyentes se preserva en gran manera cuando el fuerte sobrelleva, en consideración amorosa, la carga de las flaquezas de los débiles en la fe. Bien, ¿a qué se parece realmente esta consideración amorosa a uno de mis hermanos o hermanas? Bien, según Romanos 14, versículo 13, significa que no pongo una piedra de tropiezo o una ocasión de caída en el camino de mi hermano. De manera práctica, significa que me adaptaré: me adaptaré para refrenarme de aquello que ofende o perturba, o que —todavía peor— destruye a mi hermano. Escuchen cómo Dios expresa esto en los versículos 15 y 16: «Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, vituperado vuestro bien». Y aquí, «vuestro bien» significa las cosas permisibles que tú haces: que no se hable mal de ellas. Si puedo parafrasear estas palabras de Pablo para aclarar lo que Dios nos está ordenando, entonces podría sonar así: Pero si tu hermano o si tu hermana se entristece por el uso de tu libertad, no lo hagas; no lo hagas. Aun si estás convencido de que es aceptable o bueno para el Señor. Abstenerte de comer esta comida, o abstenerte de beber alcohol, o cualquier cosa que los débiles en la fe con los que tienes compañerismo encuentren inaceptable para un cristiano. Duro, sí: esta es la voluntad de Dios. No uses tu libertad porque tiene un efecto perjudicial sobre tu hermano o hermana. Incluso puede afectarlos personalmente o romperá tu armonía con ellos. Y amarlos a él o a ella es mucho más importante que el uso de tu libertad. Si no te controlas a ti mismo, no estás fortaleciéndolo en la fe ni en el gozo de la salvación. De hecho, estás destruyendo a alguien por quien Jesucristo estuvo dispuesto, no sólo a renunciar a su libertad, sino a dar su vida.

Hemos de notar que Pablo no sólo predicó esto. Ahora, el admirable siervo del Señor Jesús vivió lo que se ilustra aquí en el versículo 14: «Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; más para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es». Pablo está persuadido por su comprensión del evangelio que los escrúpulos que algunos creyentes tenían acerca de la comida como siendo inmunda, o en otros asuntos menores, no eran necesarios. También notamos que no todos los otros creyentes tenían los mismos puntos de vista en cuanto a la conciencia. Y para no ofenderlos, Pablo se abstenía de usar su libertad en su presencia. En 1

Corintios 9, versículos 19 y 20, su magnificencia como discípulo de Jesús reluce admirablemente: «Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío» —¿para qué? — «para ganar a los judíos»; y «a los que están sujetos a la ley, como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley». Sin embargo, los versículos siguientes dejan claro que, en un contexto diferente, el apóstol se adaptó, pues dice: «a los *que están* sin ley» —es decir, a los no salvos, los de afuera de la iglesia, los paganos— me he hecho «como si *yo estuviera* sin ley... Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles». «A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos». Y queridos amigos, en esta misericordiosa adaptación, para hacerse lo más efectivo posible como predicador del evangelio, Pablo nunca comprometió su lealtad a la ley de Dios. Ahora, escuchen, lo añadió para nuestra claridad, en el versículo 21: «no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo».

¿Cómo Pablo llegó a ser así? Él aprendió esto de su Maestro. Y por consiguiente, dirige nuestros pensamientos a Él, en Romanos 15, versículo 3. Él dice: «Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí». El Señor Jesús estuvo dispuesto a soportar todas las pruebas que la voluntad de Dios le demandaba. No buscó evitarlas ni apartarse de ellas. También se negó a sí mismo para buscar el bien de los demás. Aparte de vivir para la gloria de su Padre, Jesús vivió para buscar el bien de los pecadores y parte de esto fue soportar con paciencia la inmadurez de sus discípulos. En una ocasión, incluso renunció a su libertad de estar exento del impuesto del Templo. Estuvo dispuesto a sufrir vituperios. Estuvo dispuesto a sufrir desprecio, con el fin de hacer bien a otros. Ahora sabemos cuán lejos lo llevó esto, ¿y no seguiremos nosotros sus pisadas? ¿No renunciaremos a unas pocas de nuestras libertades para ayudar a otros creyentes a sobrellevar sus flaquezas? Como Cristo experimentó, así también lo haremos nosotros. Jesús se ganó vituperios por su ejercicio de amor. Pablo experimentó lo mismo, pues fue calumniado por todo el mundo. Y si tú y yo seguimos el ejemplo del Maestro, esperemos vituperios.

Así, con una petición apostólica, pero aun con autoridad apostólica, Pablo instó a los fuertes, en Romanos 14, versículos 19 y 20. Él dijo: «Así que, sigamos lo que *contribuye* a la paz y a la mutua edificación» —esto significa fortalecer la fe de los demás—, pues por algo tan insignificante — «no destruyas la obra de Dios por causa de la comida» —. La motivación de todo lo que hacemos como cristianos ha de ser el amor. Pues cuando Pablo instó a los fuertes en la fe a mostrar amor, no es que está comprometiendo su visión de la libertad cristiana. Por el contrario, está instando a los fuertes a sacrificar su libertad cristiana para no dañar a los débiles en la fe. Ahora, subrayó esto una vez más en el versículo 20 del capítulo 14. Dice: «Todas las cosas a la verdad *son* limpias; pero *es* malo que el hombre haga tropezar *a otros* con lo que come». Ahora, en el contexto de este capítulo, la frase «todas las cosas son limpias» sólo se refiere a los asuntos de comida y bebida, o días especiales, y a los no esenciales. Pablo confirma indirectamente aquí que las limitaciones de la ley ceremonial ya no nos vinculan más a nosotros como cristianos. Sin embargo, tomen nota de esta fuerte palabra: «malo». Aunque la comida es limpia, y aunque está permitido comer, hacerlo todavía puede ser malo. ¿Qué es lo malo que se destaca en el versículo 21? «Bueno *es* no comer carne, ni beber vino, ni *nada* en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite». Esto es lo malo. Si la vida que vives en tu libertad cristiana causa ofensa a un hermano, es malo. O si tu ejemplo lleva a alguien a actuar contrariamente a su propia conciencia, es malo. Pues, según Romanos 14, versículo 23: «todo lo que no *proviene* de fe, es pecado». Si tus acciones pueden debilitar la relación espiritual entre vosotros y destruir el consuelo del débil en la vida espiritual de fe, es pecado. Ahora, Pablo no dice que tú no puedes hacer nunca aquellas cosas con las que un hermano débil es turbado. En el versículo 22, leemos:

«¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios». En otras palabras, fe aquí se refiere a los asuntos acerca de la libertad cristiana (de lo que estamos hablando en este capítulo). Así, Pablo dice que, si tú crees que eres libre de comer cerdo, entonces cómelo, pero no lo hagas delante de tu hermano débil. Conténtate con tener esta libertad en privado y evita hacer de ella un asunto de perturbación en la familia de la iglesia. Soporta las flaquezas de los débiles, mientras sus mentes todavía no tengan la suficiente luz, en la medida de su libertad cristiana y plenitud en Cristo.

Amigos, ¿habéis oído, y yo también, el llamamiento de Dios en este capítulo? El Maestro nos ha llamado a dejar aparte y evitar todos estos asuntos que traen división y lucha entre vosotros. La división dentro de las filas es un suelo fértil para Satanás y sus agentes. La desarmonía es como las brechas en la muralla de una antigua ciudad. La desarmonía es como el cáncer en el cuerpo, y esto lleva al debilitamiento, puede llevar a la desfiguración y, finalmente, puede llevar a la destrucción de la familia de una iglesia local. Por tanto, en conclusión, según la instrucción de Dios a los fuertes, centraos en lo que nos une. Todos nosotros conocemos los temas principales y las verdades principales de la Biblia que son más importantes. Todos nosotros conocemos que la única cosa que realmente importa es si estamos unidos a Jesucristo por la verdadera fe. Así, centraos en los temas principales. Que los temas secundarios no nos distraigan de los principales, hermanos. ¿Y qué cosas podrían ser esas hoy? ¿Qué tal predicar el evangelio al pecador perdido y que perece? Este es un tema principal. ¿Qué tal instruir a nuestros jóvenes en la simple verdad del evangelio? ¿Qué tal vivir el mensaje de esperanza y amor en este mundo sufriente, solitario y necesitado? Esto es un tema principal. Un mundo que ignora la única y segura cura. ¿Qué tal una vida de servir unos a otros en puro amor y mansedumbre? ¿Qué tal el cuidado de los huérfanos, y las viudas, de los pobres, de los perdidos, de los necesitados, y los adictos, y los quebrantados? ¿Qué tal la distribución de la Biblia y la obra de ella en diferentes idiomas? ¿Qué tal apoyar y plantarse como un solo hombre con la iglesia perseguida? ¿Qué tal animarse unos a otros? ¿Qué tal compartir las cargas de la vida y cumplir así la ley de Jesucristo el Señor? Cuanto más nos centremos en estos puntos principales que tienen que ver con nuestra alma y con el cuerpo de otros hombres, más aprenderemos a estar de acuerdo en no disentir en asuntos menores.

Así, habiendo repasado las instrucciones de Dios a los fuertes en la fe, consideraremos a continuación la voluntad de Dios para con los débiles en la fe. Muchas gracias y que Dios bendiga estas instrucciones.



Bienvenidos, queridos amigos, a esta quinta sesión de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad Cristiana. Estamos estudiándolo juntos en el libro de Romanos, capítulo 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. Así, sólo para refrescar y repasar, en nuestros estudios anteriores he extraído cinco principios de este pasaje de Romanos. Y hemos aprendido que, primero, los creyentes no piensan lo mismo acerca de asuntos que no son esenciales; y segundo, que en el área de la libertad cristiana hay muchas cuestiones potenciales para crear tensiones en nuestras relaciones entre creyentes. Y por consiguiente, el tercer principio, para evitar esta desarmonía y división es que necesitamos seguir centrados en las verdades principales del evangelio, como lo hace la Escritura. Y en cuarto lugar, que en la familia de una iglesia, no todos tenemos la misma madurez en la fe. Algunos son creyentes jóvenes, algunos son creyentes maduros. Y en quinto lugar, pues, que los fuertes en la fe han de sobrellevar las flaquezas de los débiles en la fe. En este estudio, consideraremos nuestro sexto principio en la Ley del Amor en Asuntos de Libertad. Y el sexto principio es que los débiles en la fe deben dejar de juzgar a los fuertes.

Así, estas saludables enseñanzas de nuestro sabio y soberano Rey son indiscutibles. Jesús mismo dijo una vez: «Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos» (Lucas 7:35). Y las iglesias que han abrazado y obedecido de todo corazón estas instrucciones del Señor son los comentarios vivos de esta verdad. Todos conocemos las heridas, y todos conocemos las divisiones y la destrucción que podían haber sido evitadas, si tanto los fuertes como los débiles en la fe hubieran vivido por estas instrucciones que nos han sido dadas, en los capítulos de Romanos.

Así, en la última sesión, aprendimos que los fuertes han de recibir a los débiles con paciencia, en vez de despreciarlos. Ahora, hagamos atención a las órdenes del Rey para los débiles en la fe. Y los débiles en la fe han de amar a sus hermanos y no juzgarlos y condenar a los fuertes en la fe por su uso de la libertad cristiana. ¡Cuán fácilmente los débiles en la fe ponen etiquetas a los fuertes, como cristianos carnales o cristianos de segunda! Cuán a menudo los débiles en la fe incluso demandan que los demás deberían ser como ellos por respeto a sus ideas o a sus convicciones.

Así, ¿cuál es la voluntad de Dios para los débiles en la fe? En Romanos 14, versículo 2, Pablo presentó el caso de los débiles en la fe con estas palabras. Él dice: «Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres». En otras palabras, unos pocos hermanos sólo comen comidas vegetarianas, pero la razón de ellos no era por, digamos, los derechos de los animales, o por preocupación por la salud, o por motivos de salud. Ellos lo hacían porque estaban

completamente convencidos de que toda carne está prohibida. Ahora, de manera extraña, esta convicción no estaba basada en la legislación de Moisés en el Antiguo Testamento. Puesto que Dios el Señor permitió a los judíos comer los animales puros y, por tanto, parece que es algo que está más allá de la revelación del Antiguo Testamento. Los débiles en la fe estaban convencidos en conciencia de que se tenía que evitar toda carne. ¿Y por qué? Probablemente porque, al abundar la idolatría en la sociedad romana, sostenían que toda carne estaba contaminada. Comúnmente, la carne se dedicaba primero a los dioses falsos antes que se vendiera en el mercado o se pusiera en la mesa de tu vecino. Así, decían ellos, para evitar participar sin saberlo en tal idolatría, los débiles pensaban que nadie debía comer nada que viniera del mercado romano. Pablo ya había tratado con este asunto, o también, en 1 Corintios 10:22 al 33, y su consejo allí es atemporal. Él simplemente aconsejó: No preguntes. «De todo lo que se vende en la carnicería» —como de la carne del mercado— «comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia». Entonces, ¿por qué este consejo? ¿Es la ignorancia felicidad? No, no es este su razonamiento. Su punto es que realmente no importa si la carne fue ofrecida a los ídolos, pues los ídolos no son nada, ellos no existen realmente. Todo lo que hacían los paganos era ofrecerla a una nada vacía. Porque él dice, la tierra y su plenitud es del Señor. Así, aconsejó lo mismo con respecto a compartir una comida fuera de tu casa con gente que no va a la iglesia. Él dice: «Y si algún incrédulo os invita, y queréis ir, de todo lo que se os ponga delante comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia». Así, ¿por qué Pablo enseñó que no tenemos que preguntar? Una razón es que no contaminemos nuestra conciencia. Que si piensas que está mal comer algo que ha sido ofrecido a los ídolos, estarías comiéndolo o bebiéndolo en desobediencia, en lugar de comerlo o beberlo en fe. Ahora, esto se enseña claramente en Romanos 14, versículo 22 y 23, así que déjame leerlo añadiendo algunos comentarios para aclarar. «Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba— o permite. Pero el que duda» —duda que si hace bien al comer— «es condenado». Ahora, «condenado» aquí significa herido y cargado en la conciencia porque hace cosas que piensa que están mal. Y Pablo continúa: «porque no *comió* con fe» —es decir, movido por una creencia sincera de que está haciendo la voluntad de Dios—. «Y todo lo que no *proviene de* fe, es pecado», concluye Pablo. Ahora, Pablo no enseñaba que el hacer tal cosa —comer, u observar un día especial, o cualquier otra cosa— sea pecado. Pero si comes, u observas, o haces mientras piensas que desobedeces a Dios, eso es pecado. Ahora, ¿por qué es pecado, si él piensa que en sí mismo no es pecado? Bien, es porque lo hacemos mientras estamos convencidos de que a Dios no le agrada lo que hacemos, y tenemos que hacer todo lo que hagamos, o no hagamos, para la gloria de Dios, en amor a él. Pero si yo como cuando siento que no es para la gloria de Dios, o que no es bueno hacerlo, bien, peco contra mi propia conciencia. Así, Pablo aconsejó a los débiles en la fe a no violar nunca su conciencia.

Pero él tiene más consejos que dar. Así, volvamos a Romanos, capítulo 14, y versículo 3b. Y ahí él dice esto: «el que no come, no juzgue al que come». En el versículo 10 y 12 al 13, Pablo añadió: «¿por qué juzgas a tu hermano?... Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo... De manera que cada uno de nosotros dará cuenta a Dios de sí». Y noten: «Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros». Ahora, en estos versículos, la palabra «juzgar» es la palabra clave, que se enfatiza. «Juzgar» aquí significa censurar a otros con el propósito de condenarlos. Y no es sólo que los débiles en la fe no estén de acuerdo con las acciones; no es sólo eso, no: los débiles estaban expresando su fuerte condena sobre las acciones de los fuertes en la fe. Ahora, ellos pueden incluso ir más allá que condenar su acción. A menudo comienzan a clasificar a los fuertes en la fe como carnales, o como cristianos de segunda clase, o quizás los desechan por completo como si no fueran hermanos cristianos. O los débiles en la fe demandan que otros comiencen a hacer como ellos hacen por respeto a su punto de vista. Pero ¿tienen el

derecho a juzgar a otros en asuntos no esenciales? ¿Tienen el derecho a pedir o insistir que otros cesen de hacer uso de sus libertades dadas por Dios? Bien, la respuesta de Dios a estas preguntas se da en Romanos 14, versículos 3 al 12. Ahora, consideremos el versículo 4: «el que no come, no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme». Dios nos da tres razones para no juzgar a otros cristianos que hacen uso de su libertad cristiana.

Primero, estos hermanos y hermanas en Cristo han sido recibidos por Dios. Ahora, noten que la palabra «recibid» también se encuentra en el versículo 1, pero aquí se afirma que Dios los ha recibido. Esto significa que Jesucristo mismo los reconoció como hermanos. Bien, necesitamos, por tanto, ser muy cuidadosos de no juzgar a aquellos a quien el Señor mismo reconoce como sus propios hijos. Tú dices: «Pero ¿cómo sabemos que el Señor los ha recibido? ¿Es que simplemente son aceptados por lo que afirman ser?». No, la afirmación de una persona siempre necesita compararse con su manera de vivir. Así, ¿hay arrepentimiento de los pecados que la Palabra de Dios define como pecado? ¿Está esta persona mostrando una vida conformada a los estándares de Dios tal como se ven en las Escrituras y en su Hijo? ¿Es evidente el temor de Dios y la ternura por el nombre de Dios? ¿Está buscando el perdón de Dios a través de la obra mediadora de solo Cristo? ¿Vemos un amor por los hermanos en el que está ansioso de agradecerlos en amor? ¿Muestran estas personas un celo y una carga por los no salvos? Ahora, amigos, si estos asuntos son evidentes en sus vidas, estos son los asuntos fundamentales. Hemos de juzgarlos de la manera más favorable. Hemos de verlos como recibidos por Dios, y por consiguiente, si han sido recibidos por Jesucristo mismo, ¿quiénes somos nosotros para juzgarlos?

La segunda razón de Pablo por la que no juzgarlos es el versículo 4: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme». En otras palabras, nosotros no tenemos derecho a juzgarlos. No tenemos derecho a criticarlos. No tenemos derecho a condenar a los siervos de Jesús. Cada creyente ha de dar cuenta a su Maestro del uso que ha hecho de la libertad cristiana, y para cualquiera de nosotros, interferir en los asuntos del Maestro es entrometernos en su trono. Y si, además, juzgamos como pecado algo que él no hizo, entonces noten, por defecto, hemos incluso juzgado que Dios estaba equivocado. ¿Quiénes somos nosotros para ser tan audaces? Dios es el juez, y dejemos para él todos los asuntos en los que él no ha hablado.

La tercera razón para el consejo de Pablo es que ellos no necesitan preocuparse por los otros creyentes. Ahora, Pablo escribió esto: «pero estará firme» por Dios, «pues poderoso es Dios para afirmarlo». Ahora, amigos, este es uno de los gestos más amorosos de los débiles en la fe. Déjenme repetir lo que he dicho antes. Realmente es incorrecto y falto de amor poner la etiqueta a todos los débiles en la fe de legalistas. Muchos de estos tienen un corazón muy tierno en su amor por Dios. Muchos son movidos por una preocupación genuina por el bienestar de los demás creyentes. Puesto que el débil en la fe todavía no ha sido hecho perfecto en amor, todavía hay una gran medida de temor en ellos. Ellos se preocupan: se preocupan por la salvación de sus hermanos. Ellos todavía piensan que cierto número de estos asuntos no esenciales son una condición para la salvación o son una obligación para los salvos. Ellos temen: ellos temen que sus hermanos se aparten o que hagan compromisos espirituales por hacer lo que están haciendo en estos asuntos no esenciales. Y por tanto, con mucha ternura pastoral, Pablo les asegura de que Dios es su seguridad. Y escuchen de nuevo: «pero estará firme, pues poderoso es Dios para afirmarlo». Él será capaz de afirmarlo en la fe del evangelio.

¿Se dan cuenta cómo Pablo pone juntos a ambos grupos, en los versículos 5 al 8, cuando dirige la atención a la motivación interior de ambos grupos, los débiles y los fuertes? Permíteme extraer

los puntos principales de esta porción de la Escritura sin leerla por completo. Primero, si cada uno vive rectamente, entonces cada grupo se refrena o actúa con los ojos puestos en el Maestro. Cada uno es como los siervos y siervas en el Salmo 123: «He aquí, como los ojos de los siervos *miran* a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos *miran* al SEÑOR nuestro Dios». Cada uno, en oración y sobre la base del estudio de las Escrituras, ha llegado a diferentes conclusiones acerca de cómo vivirán su vida ante Dios en el tema de la libertad cristiana. Esto es cómo Pablo lo dice, en los versículos 5 y 6: «Uno hace diferencia entre día y día, otro juzga *iguales* todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, *lo* hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no *lo* hace. El que come, come» (con ojos puestos) «para el Señor porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y» (también) «da gracias a Dios». En otras palabras, ambas partes están buscando agradar a su Maestro. Ambas están convencidas de que es la voluntad de Dios y ambos buscan honrar al Señor con obediencia. Así, en este sentido, los débiles y los fuertes están en realidad unidos.

Entonces, ¿estamos dando unos a otros esta libertad de estar plenamente convencidos en nuestra mente? Bien, hermanos, si detectamos entre nosotros un sincero deseo de hacer la voluntad de Dios, entonces regocijémonos y tengamos amor, aun si tenemos diferentes opiniones y juicios en asuntos menores. Si uno, en su devoción a Dios, siente que tiene libertad para comer carne, o para dedicar parte de su tiempo de trabajo común a algo sagrado, no deberían ser acusados de ser indulgentes a sus apetitos o de ser carnales. Y del mismo modo, si alguno piensa que la voluntad de Jesús acerca de asuntos menores es diferente, esta persona no debería ser despreciada y menospreciada como estrecha de mente.

Pablo afirma en el versículo 5: «Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente». Esta palabra, «plenamente convencido», es una frase fuerte. No es sólo una opinión, o no sólo basada en tus sentimientos, no está basada en tu prejuicio o en tus tradiciones. Se basa en una profunda convicción de un cuidadoso estudio de la Palabra de Dios. Posteriormente, en Romanos 14:22 y 23, Pablo pregunta: «¿Tienes tú fe?». En otras palabras: «¿Estás convencido de que la voluntad de Jesús es, digamos “A”?». «Tenla para contigo delante de Dios». En otras palabras, no condenes a los demás y no presiones tus convicciones en aquellos que están convencidos de que la voluntad de Jesús es «B». Conténtate con sostener tu punto de vista y practicarlo en privado, sin traerlo al frente para producir perturbación en la iglesia. «Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda, sobre lo que come, es condenado» —o se siente condenado— «porque no *lo hace* con fe». Así, el capítulo concluye: «y todo lo que no *proviene* de fe es pecado». Así, la felicidad de la mente prometida aquí sólo y siempre se experimenta en obediencia a lo que creemos que es la voluntad de Jesús. Así, todo lo que se hace en el ámbito de la libertad cristiana, como hemos estado considerando, es pecado, si no se hace con la plena convicción de que se hace lo correcto. Creará una gran infelicidad y tu conciencia te condenará. Por tanto, estad plenamente persuadidos en vuestras mentes de que hacéis la voluntad del Señor. Y si lo estáis, entonces hacedlo, pero no juzguéis a tu hermano que tiene libertad; por el contrario, no desprecies a tu hermano que carece de libertad. ¡Qué gozo y bendición del Señor se experimentará cuando en estos asuntos menores permitimos a los demás la libertad y les damos a los demás respeto. Permite a otros cristianos conmemorar, por ejemplo, el nacimiento de Jesucristo, o la muerte de Jesucristo, o la resurrección y ascensión del Señor Jesucristo en un día puesto aparte específicamente para ello, si estiman esto más provechoso para su edificación. Pero por favor, igualmente permite a los otros hermanos omitir estos días especiales, si se sienten totalmente convencidos por la Escritura que marcar este día estaría mal. No juzgues a uno, no condenes al otro. Permite libertad sin imponer tu posición. Ahora, con todas

las cuestiones que entran en la libertad cristiana, dejemos que las juzgue Jesús.

Pablo dirige nuestra atención, entonces, en los versículos 8 al 11, que mientras vivamos estamos ligados a la voluntad de nuestro Señor. Él es el Señor, tanto de muertos como de vivos. Él es el soberano legislador sobre todos. Y un día, tú y yo estaremos igualmente de pie ante el mismo tribunal y deberemos responder por todas nuestras decisiones y conducta, no a otro hombre, sino a Jesucristo, nuestro Señor. Y por consiguiente, no te sientes a juzgar a los demás, en todos los asuntos que nuestro Señor no ha especificado en su libro Santo.

Ahora, por tanto, qué apropiado es concluir esta sesión con las palabras del versículo 11 una vez más: «Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios». Entonces, se nos dará a todos la oportunidad de escuchar el veredicto final del Rey acerca de nuestras decisiones en conciencia en asuntos de libertad cristiana. Mientras tanto, recordemos: En todas las cosas esenciales, unidad. En todas las cosas no esenciales, libertad. En todas las cosas, amor. Esto es digno de que se repita una y otra vez. Gracias.



Bienvenidos a la sesión final en este estudio de Romanos 14 y 15, sobre la Ley del Amor en los Asuntos de Libertad Cristiana. Así que, al concluir estos estudios en este importante tema, he repasado con ustedes cierto número de principios que hemos extraído de este pasaje en Romanos y, esperamos, que les ayude a leer bien Romanos 14 y 15. Vimos que los creyentes no siempre piensan igual, y que siempre seguirán así en cuanto a las cuestiones no esenciales. Sabemos que los temas de la libertad cristiana tienen el potencial para realmente crear tensiones en nuestras relaciones dentro de las iglesias locales. Y para evitarlo está el tercer principio, y esto nos ayuda a centrarnos en las verdades principales e innegociables de la Biblia que son blanco y negro. Y llevémonos las cargas los unos a los otros. No todos tenemos la misma madurez: este fue el cuarto principio. No todos tenemos el mismo nivel de comprensión del evangelio. Y Pablo nos ha dado, en el quinto principio, el llamado principal a los fuertes en la fe, de sobrellevar las flaquezas de los débiles en la fe. Y a los débiles en la fe se les dice que dejen de juzgar a los fuertes en la fe.

Así, ahora, en este estudio final, quisiera hacer dos cosas. Primero, vamos a ver la primera parte de Romanos 15, exponer este pasaje conclusivo y entonces concluiremos con algunas observaciones prácticas al final de este estudio.

Así, Romanos 15 es la conclusión de Pablo sobre las órdenes del Rey acerca de cómo mantener el compañerismo cristiano y el respeto mutuo entre los creyentes. Así, recordemos que Pablo se consideraba a sí mismo como uno de los fuertes en la fe. Esto está totalmente claro en cómo él comienza Romanos 15 con: «Nosotros». Se incluye él mismo: «nosotros, los *que somos* fuertes». ¿Y qué han de hacer los fuertes? Bien, hemos visto en el capítulo anterior que no hemos de despreciarlos. Hemos de hacer lo que dice el capítulo 15, versículos 1 y 2: hemos de «sobrellevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos». En vez de ello, «cada uno de nosotros agrade a *su* prójimo en lo *que es* bueno, para edificación».

Ahora, si comparamos la escritura con la Escritura, este pasaje en Romanos 15 se expone mejor por el ejemplo mismo de Pablo, y ya nos hemos referido a esto, pero me referiré una vez más a ello en 1 Corintios 9. Ahora, sólo lo citaré parcialmente, para ilustrar Romanos 15. Pablo dice: «siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número» (1 Corintios 9:19). Pablo se hizo siervo de todos. Ahora, él renunció a sus derechos, como cristiano. Y a veces, se adaptó a ser judío con el judío, y gentil con el gentil. ¡Qué misericordiosa y magnífica gloria de Cristo ha mostrado este apóstol en su propio ejemplo! Sí, literalmente renunció a sus privilegios. A menudo se sometió a sí mismo de nuevo con cosas que eran totalmente innecesarias, en la práctica de su vida cristiana, de manera que no fuera una ofensa. Pablo se acomodó normalmente

para un propósito: ser efectivo en compartir con los demás el evangelio de Jesucristo. Ahora, una y otra vez, en 1 Corintios 9, leemos: «para ganar a los judíos» o «para ganar a los que están sujetos a la ley». Y al referirse a los gentiles perdidos: «para ganar a los que *están* sin ley». Y de nuevo, al referirse al débil: «para ganar a los débiles». Y entonces finalmente, en un resumen comprensivo: «a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él».

Ahora, si miran 2 de Corintios 11:29, Pablo da una perspectiva adicional que es muy reveladora. «¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar y yo no me *indigno*?». ¹ La debilidad a la que se refiere Pablo podría ser desfallecimiento general o enfermedad, pero la segunda parte del versículo 29 me obliga a concluir que el «tropezar» se refiere a los débiles en la fe. Así, cuando Pablo se encuentra con el débil en la fe, llega a ser débil con ellos, para amarlos. Y no hizo esto para complacerlos en sus puntos de vista, sino que hizo esto para construir un puente. Hizo esto para fomentar una relación con ellos. Este hombre se acomodó para establecer una relación a su nivel. Bien, ¿qué quería decir con: «¿A quién se le hace tropezar y yo no me *indigno*? Si el fuerte en la fe, por sus acciones, hace que hermanos tropiecen en pecado, Pablo sentía un tipo de ira justa: «me indigno». Esta falta de amor para con otro hermano, dice, es pecado, y esto lo hace indignarse (una ira justa). El ejercicio del amor cristiano es un deber esencial. Sin embargo, ¿significa esto que los fuertes siempre y solamente han de inclinarse a los puntos de vista de los débiles? Bien, ya hemos visto esta pregunta respondida en Romanos 15, en los primeros cuatro versículos, donde las órdenes del Rey son: «Así que nosotros, los *que somos* fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros» —es decir, los fuertes— «agrade a su prójimo en lo *que es* bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí. Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza».

Ahora, antes llamamos la atención a la palabra «sobrellevar» o soportar las flaquezas de los débiles. Recordarán que esta palabra describía a los que llevaban el equipaje y asistían a los viajeros. Esta es la instrucción de Dios. Los fuertes han de asistir a los débiles en la fe para ayudarlos, ya que están rezagados en su viaje de fe, están cargados. Así, en este contexto, esto contiene una instrucción importante. No, los fuertes no han de sobrellevar simplemente sus puntos de vista por causa de la paz, sino que han de ayudar a los débiles en la fe a verse libres de sus cargas, de sus escrúpulos, que están experimentando como servidumbre y temor. Amigos, la ignorancia nunca es la madre de la verdadera devoción. Y por tanto, a su debido tiempo, de la manera correcta, hemos de tratar con el débil en la fe, como Aquila y Priscila hicieron con Apolos. Leemos acerca de la pareja piadosa, que ellos explicaron a Apolos el camino de Dios más perfectamente. Ahora, esto es cómo los fuertes en la fe han de hacer con los débiles en la fe. Y la mejor manera de hacerlo no es centrarse demasiado en los asuntos que dividen. Mas bien es centrarse en la imagen más amplia de la gloria de la salvación de Cristo. Un sabio expositor escribió estas palabras que citaré: «Es tanto nuestro deber como nuestro privilegio pasar a los demás cristianos la luz que Dios nos ha dado. Sin embargo, esta instrucción ha de ser dada humildemente y no a la manera de censura. Se tiene que dar en el espíritu de mansedumbre y no con contención. Se debe ejercer paciencia. El propósito debe ser alumbrar las mentes más bien que forzar su voluntad. Pues a menos que la conciencia sea convencida, las acciones serán hipócritas». Ahora, tal vez quede uno mejor dejando a los débiles en la fe solos e ignorarlos tanto como sea

posible. Pero amigos, esta no es la orden del Rey. Su orden es otra: ayúdalos, sopórtalos. No os agradéis a vosotros mismos en el versículo 2, no significa que sólo no comas carne, que no observes días especiales, o que sólo observes días especiales. No: no es sólo una instrucción como estas, que nos abstengamos de algo que a ellos realmente les gusta. No: es más bien un llamamiento a una tarea que a ti y a mí hasta nos desagrada. Y la tarea está expuesta en el versículo 2: hemos de instruir al débil. Noten: hemos de instruirlos «en lo que es bueno». Hemos de edificar a nuestro prójimo o nuestro hermano en la fe. Y edificar es fortalecerlos en su fe. Hemos de hacer todo lo posible para que se acabe su ignorancia. Hemos de hacer todo amablemente, amorosamente para liberar su conciencia de estos escrúpulos innecesarios, con una instrucción más profunda en las cosas divinas.

Ahora, esto puede que no sea agradable, pero nosotros no somos llamados a agradarnos a nosotros mismos, nos dice la Escritura. Ciertamente, puede ser una tarea desagradecida, pues si no lo consigues, o si es aún peor, puede hacer que tengas una medida de vituperio, más bien que de aprecio. Pues Pablo se refiere, en el versículo 3, a lo que le ocurrió a Jesucristo mismo. Cuando Jesús buscó, movido por amor, el instruir a los fariseos acerca de sus interpretaciones erróneas de la ley, ¿qué ocurrió? Fue vituperado como un transgresor de la ley. Un ejemplo es Juan 9, versículo 16, donde se cuenta un ejemplo que tuvo que haber causado dolor al Señor Jesús al escucharlo. Se dice aquí: «Este hombre no procede de Dios» —¿por qué? — «porque no guarda el día de reposo». Ten presente, hermano, que como el Maestro fue vituperado, así tú, su siervo, lo serás. Otro comentarista en Romanos 14 y 15 afirmó esto; él dice: «A menudo es necesario afirmar nuestra libertad cristiana, a expensas de incurrir en censura. Podemos ofender a buenos hombres para que los principios correctos sean preservados. Nuestro Salvador consintió a ser visto como uno que profanaba el día de reposo, un bebedor de vino, un amigo de publicanos y pecadores. Cristo, en esos casos, no vio apropiado acomodar su conducta a las reglas establecidas. Él vio que vendría más bien de un desprecio práctico si no tomaba en cuenta la opinión falsa de los judíos en distintos aspectos de su vida». Así, ser vilipendiado por hacer nuestro deber fue la experiencia de Jesús y otros, y por lo tanto, en el versículo 4, Pablo se refiere, en general, a las distintas personas del Antiguo Testamento, como los profetas, quienes hablaron a menudo verdades muy impopulares. Él dice: «Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas, a fin de que, por la paciencia y por la consolación de las Escrituras» —los fuertes y los débiles— «tengamos esperanza». Ahora, la paciencia se necesita cuando obramos con los débiles en la fe, que a menudo son lentos para dejar sus ideas. Pero también se necesita consuelo, cuando por instruir en la Palabra de Dios a los débiles en la fe e intentar ayudarlos, te encuentres con vituperios, te pongan etiquetas y puedas incluso ser rechazado.

Bien, esto nos lleva al final de la instrucción de Pablo. Ahora, como de costumbre, el apóstol llevó su enseñanza ya sea a una doxología o a una oración. Y Noten, en este caso, lo llevó a la oración, en Romanos 15, versículos 5 y 6: «Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un mismo sentir entre vosotros según Cristo Jesús; para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Esta es una oración para todos los creyentes, ya sean fuertes o débiles en la fe. Sin Jesucristo, y sin su Santo Espíritu en nosotros, las luchas y los fracasos serían el resultado de tratar con estos asuntos explosivos en la libertad cristiana. Ahora, seamos fervientes, por tanto, en elevar estas peticiones tal como se dan aquí ante Dios. Pues no es sólo un muro de ignorancia que tapa la luz: también es obstinación u orgullo que hace que nuestro corazón esté ciego a que nuestros puntos de vista puedan estar equivocados. ¡Qué fácil es convertirse en el abogado del diablo cuando tratamos los asuntos de la libertad cristiana! Por tanto, empapa de oración todo esfuerzo para alumbrar a tu hermano más débil. Ruégale de someter las obras de orgullo en tu propio corazón. Implora a Dios que prepare el terreno para las semillas de

verdad que vas a compartir con él o ella. Y por favor, oremos por la mansedumbre, la gracia, por la sabiduría para guiar nuestro diálogo. Busca la ayuda de Dios para escoger el tiempo correcto, así como las palabras correctas. Lucha por tener tu corazón lleno de la gloria de Dios como tu propósito supremo. Cuando Pablo nos lleva a que oremos por tener el mismo sentir, no está pensando en la uniformidad de nuestras opiniones. Es la armonía en medio de la diversidad lo que tenemos que pretender. Claramente, los recién nacidos, los creyentes más jóvenes y los creyentes mayores no estarán de acuerdo en todo lo relativo a este tema de la libertad cristiana. Sin embargo, deben estar llenos de afecto los unos por los otros. Y es en esta relación que las peleas se han de ir, los malos sentimientos quedarán de lado y se ha de practicar en amor el soportarse y aceptarse. ¡Y qué compañía más amable será esta!

Oremos por una iglesia en la que los mayores sobrelleven las flaquezas de los creyentes más jóvenes; una familia de iglesia donde los creyentes más jóvenes miren con respeto a los más mayores, incluso si no comparten necesariamente todo su conocimiento y comprensión. Y esta unidad en la diversidad glorificará a Dios y será conforme a Cristo Jesús. Será conforme a su voluntad y será conforme a su ejemplo, y se extenderá e inflamará el espíritu de adoración cuando venimos juntos, como concluye el versículo 6: «para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Hubo uno que bien lo dijo: «Si Dios, quien no recibirá una ofrenda mientras uno esté enemistado con su hermano» —Mateo 5:23, 24— «tampoco ese Dios aceptará la alabanza de un grupo de creyentes donde hay divisiones entre ellos. Las lenguas que se usan para murmurar unos de otros en privado no pueden unirse para cantar las alabanzas de Dios». Así, Pablo concluyó en una exhortación final a todas las partes: «Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió para la gloria de Dios».

Y finalmente, amigos, partamos con una nota pastoral. Romanos 14 y 15 nunca está respaldando una moralidad relajada entre cristianos. Los estándares de moralidad de Dios son inmutables y son del mayor grado conforme a su santa ley. La santidad es la principal hermosura de Dios y el principal deber del creyente. Hebreos 12:14 nos exhorta: «Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». 1 Tesalonicenses 5:22 exhorta: «Absteneos de toda especie de mal». Y Pedro exhortó a sus lectores, en 1 Pedro 1:15: «Si no, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda *vuestra* manera de vivir». Y Judas 23 evocó esto al decir: «aborreciendo aun la ropa contaminada por *su* carne». La libertad y la libertad cristiana van de la mano con la sinceridad moral más estricta. Y por tanto, si un hermano o una hermana está buscando andar en obediencia acerca de los asuntos que Dios exige, y levanta objeciones conscientes basadas en las Escrituras, esta persona es un creyente sensible. No es sólo un creyente más débil que necesita crecer, o que necesita ser compadecido por ser estrecho de mente, sino que ellos son creyentes que deberían ser seguidos en su devoción de vida y palabra para su Señor y Salvador.

Así, miremos a nuestro interior primero y respondamos si los límites que hemos trazado son los límites de Dios. Estemos todos convencidos que todo lo que no eleva el estándar moral de una comunidad de iglesia no es de Dios. Ahora, es dudoso si puedes ser cristiano en algo, si no eres cristiano en todo. Ahora la cruz de Jesús es áspera y mortal al pecado, y todo aquel que afirme estar crucificado con Cristo, mientras juega con el pecado o con lo que conduce al pecado, mejor que lo piense de nuevo. Y por tanto, les dejo tres preguntas para que las hagan suyas y las pregunten a menudo. Ellas evitarán mucho daño y traerán mucho bien.

La primera pregunta es: ¿Es mi motivo vivir para glorificar a Dios, o para ser indulgente conmigo mismo? Que esta pregunta se haga por encima de todo, en todo aquello que hagamos y también en todo aquello que nos abstengamos de hacer.

En segundo lugar: ¿Mi decisión será una fuente de contención a mis seres amados, mi familia de iglesia y a los demás? Ahora, que esta pregunta te guíe, si tenéis que negaros a vosotros mismos

o a instruir paciente y amablemente a otros en las verdades de Dios.

En tercer y último lugar: ¿Mi decisión en la libertad cristiana debilitará mi utilidad cristiana y me distraerá de mi propósito principal para vivir? Y nuestro principal propósito para vivir es glorificar a Dios y gozar de él para siempre.

Que Dios bendiga estos estudios en su Palabra que hemos hecho en esta sesión acerca de la libertad cristiana. A él sea toda la gloria. Gracias.